

América Latina, fin de siglo: Consolidación democrática, involución económica y rezago social

Gustavo Ernesto Emmerich*¹

Los ochenta fueron años de restauración y profundización de la democracia política en América Latina.² Por un lado, la gran mayoría de los regímenes autoritarios fueron desapareciendo y dando lugar a noveles democracias políticas. Por otro, la creciente participación política ciudadana y la alternancia de partidos en el gobierno caracterizaron la evolución de los pocos regímenes constitucionales que durante los sesenta y setenta subsistieron en la región. Como consecuencia de estas transformaciones, América Latina inicia el último decenio del siglo con la mayor cantidad de democracias políticas que haya tenido simultáneamente en toda su historia.

Paralelamente, la región entera —y cada uno de sus países— sufrió a partir de 1981 los efectos de una severa crisis económica. Caracterizada por algunos como la “crisis de la deuda externa”, ésta fue en realidad la resultante de las modalidades adversas de un modelo de desarrollo basado en capitales, empresas, tecnologías e incluso modos de vida y consumo importados: el desarrollo “desde afuera”.³ Como consecuencia, los ochenta

*Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

se caracterizaron por la involución económica, la acentuación del rezago social, la subordinación de las políticas económicas domésticas a los condicionamientos de los acreedores externos, y el intento —en algunos países— de redinamizar el modelo de desarrollo “desde afuera” mediante la exportación de manufacturas.

Cabe preguntarse: ¿cómo ha podido —o como podría— consolidarse la democracia política en medio de este panorama de involución económica y rezago social? Dicho de otro modo, ¿afectará el persistente deterioro de los niveles de vida de las mayorías poblaciones a las posibilidades de consolidar la democracia tan trabajosamente —y a veces precariamente— obtenida?

Democracia política, democracia económica y democracia social

Doy al término “democracia política” un significado limitado: existencia de un sistema formal de elecciones libres y de resultados respetados entre diversos partidos; vigencia de derechos básicos como libertad de asociación, de prensa y de opinión; participación popular amplia e irrestricta en la vida política; subordinación de las fuerzas armadas a las autoridades populares electas.

Este concepto limitado de “democracia política” ciertamente deja de lado consideraciones de “democracia económica” y “democracia social” que, si en él se incluyeran, harían prácticamente imposible hablar de democracia en América Latina. Por lo tanto, cuando utilizo el calificativo “democrático” hago referencia a la forma

que asume el juego político, y no a la orientación o resultados económico-sociales de la acción gubernamental. Como se verá más abajo, contrariamente a lo que se podría esperar, la restauración o profundización de la democracia política no ha producido resultados apreciables en términos de la expansión de la democracia económica (que podría entenderse como una distribución más equitativa del ingreso y una mayor igualdad de oportunidades para el mejoramiento económico de los segmentos sociales desprotegidos, junto con una reducción del peso de los grupos e intereses empresariales en la determinación de las políticas públicas) y de la democracia social (que podría ser definida como acceso equitativo de todos los segmentos sociales a la educación, la vivienda digna, la sanidad, etc.).

El avance de América Latina hacia la democracia política es valioso en sí mismo. Y promisorio de mayores logros, en la medida en que la democracia política pueda significar en un futuro próximo el real control popular sobre las políticas públicas en el sentido de producir un ulterior avance hacia la democracia económica y social. Porque una democracia política no puede existir en el aire, sin vinculación con los problemas económicos y sociales. Es tesis central de este artículo que la consolidación de la democracia política en América Latina se verá difultada si no se dan pasos sustantivos hacia la democracia social y la democracia económica. Y aun si fuera posible, no sería justo, porque no serviría a las necesidades de la mayoría de la población latinoamericana, a las cuales debe —o debería— dirigirse la acción de gobierno.

Lamentablemente, las flamantes democracias políticas latinoamericanas, o mejor dicho los gobiernos resultantes de ellas, han preferido dejar libradas las cuestiones económicas y sociales más urgentes a las fuerzas del mercado. Pero mientras el mercado concentra recursos e ingresos, la democracia política debe expandir el acceso equitativo a los mismos. De lo contrario, su legitimidad como forma de decisión y convivencia políticas puede verse amenazada. Miseria, analfabetismo, insalvables abismos sociales, concentración del poder y la riqueza en pequeñas capas privilegiadas, no son compatibles a largo plazo con la democracia política, como bien enseñó Aristóteles hace 25 siglos. Para consolidar los avances democráticos tan trabajosamente logrados por América Latina en la última década, se debe trabajar ahora por la democracia económica y social.

Consolidación democrática

Los años ochenta en América Latina se caracterizaron por la generalizada reconstrucción de los espacios y las relaciones económicas, políticos e ideológicos. Esta reconstrucción implicó, entre otras cosas:

- La restauración (en unos casos) y la consolidación (en otros) de la democracia política, con mayor y más real competencia política, con recambio de partidos en el gobierno —por vía electoral— en casi todos los países;
- el desmoronamiento del Estado benefactor/productor;
- el papel cada vez más predominante del mercado libre como principal estructurador de las relaciones económicas y sociales, coherente con una menor presencia estatal en tal estructuración (aunque este papel del mercado es a veces más declarativo que real, ya que el Estado interviene activamente en apoyo del capital, en la regulación de las relaciones laborales y salariales, la fijación de las tasas de interés y la adjudicación del crédito, la “compra” estatal de la deuda externa privada, el aliento a inversiones privadas y la creación de espacios propicios para las mismas, etc.);
- la involución económica, con descenso de los niveles de vida y aumento de la marginalidad social, de la pobreza y del desempleo estructural;
- la retracción (con excepciones, como en Brasil) del peso político-social de los partidos de izquierda y de los movimientos sindicales;
- el aislamiento político de los movimientos revolucionarios armados, como en Centroamérica y en Perú, y su paulatina conversión en fuerzas políticas legalizadas, como en Colombia;
- el auge de una ideología “liberal” e individualista, que reniega de valores tan arraigados en algunos países latinoamericanos como la protección a la industria nacional, la promoción vía sindicato o acción grupal del nivel de vida de los trabajadores, el asistencialismo estatal, el nacionalismo, etcétera.

Dentro de este marco, a partir de 1978 fueron desapareciendo todos los regímenes militares entonces imperantes en América Latina,

y siendo reemplazados por democracias políticas más o menos efectivas y consolidadas según el caso nacional de que se trate. Fueron 13 los países que así transitaron hacia democracias políticas más o menos perfeccionadas: Ecuador, 1979; Perú, 1980; Honduras, 1982; Bolivia, 1982; Argentina, 1983; El Salvador, 1984; Nicaragua, 1985; Guatemala, 1985; Uruguay, 1985; Brasil, 1985; Paraguay, 1989; Chile, 1990; Haití, 1991. (Las fechas indican la instalación del primer gobierno resultante de elecciones, no siempre celebradas en condiciones de plena libertad; para mayores detalles, véase apéndice 1.)

Por añadidura, 10 de estos países experimentaron *a posteriori* de su redemocratización alternancia de partidos en el gobierno, por vías electorales y de ese modo han ido consolidando sus respectivos sistemas democráticos: Ecuador, 1984 y 1988; Bolivia, 1985 y 1989; Perú, 1985 y 1990; Honduras, 1986 y 1990; Argentina, 1989; El Salvador, 1989; Uruguay, 1990; Brasil, 1990; Guatemala, 1990; Nicaragua, 1990. (Las fechas indican el año de recambio de partidos en el gobierno; para mayores detalles, véase apéndice 2.)

Durante los años sesenta y setenta, en medio de la generalización de los regímenes autoritarios en la región, sólo unos pocos países habían mantenido las formas democráticas. En los ochenta, cuatro de estos países profundizaron la vigencia de la democracia política al experimentar recambios de equipos gobernantes y de partidos en el poder por la vía electoral: Venezuela, Costa Rica, Colombia y República Dominicana. (Para mayores detalles, véase apéndice 3.)

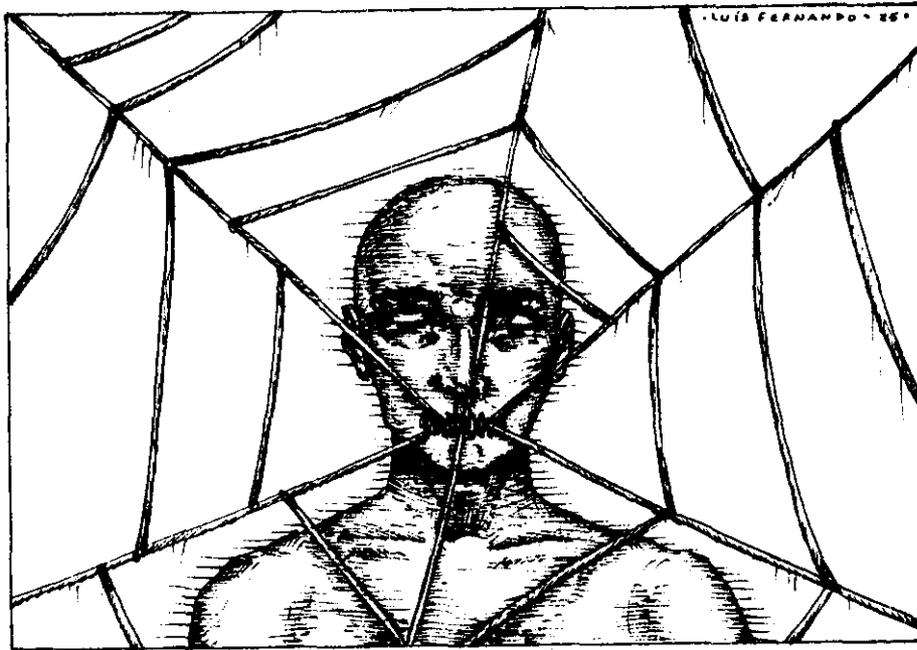
Inclusive dan señales de marchar hacia la democracia países en situación atípica, como México (donde existe un sistema de partido predominante, formalmente democrático)⁴ y Panamá (invadido por Estados Unidos tras la degeneración de un régimen de base militar y populista).⁵

Es de señalarse que tanto las transiciones de regímenes militares a democracias políticas, como el recambio de partidos en el gobierno en las democracias políticas noveles o preexistentes, se vieron facilitados —en algunos casos— por la debilidad o inexistencia de fuerzas disruptivas que pudiesen poner en peligro real las estructuras de dominación vigentes.

Involución económica, orientación exportadora y rezago social⁶

Mientras los pueblos latinoamericanos avanzaban así —con limitaciones y condicionamientos— hacia la instauración o consolidación de democracias políticas, en lo económico-social los ochenta se caracterizaron por una severa crisis que afectó drásticamente los niveles de vida de las mayorías.

Algunos indicadores generales dan cuenta de la magnitud de la involución económica. El ingreso *per cápita* de los latinoamericanos, en su conjunto, fue en 1990 9.6% inferior al alcanzado en 1981. La tasa de inflación regional (ponderada por la población de cada país), que en 1980 era de 56.1% anual, para 1990 fue de 1 491.5% al año. La deuda externa global bruta de la región, que en 1981 era de 287.8 miles de millones de dólares, para 1990 había crecido a 422.6 miles de millones de dólares.



El apéndice 4 presenta algunos indicadores básicos para los diversos países. Con las solas excepciones de Colombia, Chile y República Dominicana, el PIB *per cápita* fue menor en 1989 que en 1980 (cuadro 1). Exceptuando El Salvador y Nicaragua, en todos los países la inversión bruta, medida como porcentaje del PIB, fue inferior en 1989 a la de 1980 (cuadro 2). Salvo en Colombia, Costa Rica y Paraguay, los salarios mínimos reales fueron inferiores en 1989 a los de 1980 (cuadro 3). Sólo en Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile y México, el desempleo abierto urbano no era mayor en 1989 que en 1980 (cuadro 4).

La evolución económica de América Latina en los ochenta, por lo tanto, puede ser mejor

caracterizada como una involución, que generó desempleo (muchas veces encubierto por el empleo "informal", agudo deterioro salarial, retracción de la inversión y del consumo interno, y descenso generalizado de los niveles de vida.

Ante la resultante depresión de los mercados internos, los gobiernos buscaron orientar las economías hacia la exportación, en particular de productos no tradicionales. Las exportaciones totales de bienes y servicios de la región pasaron (medidas en dólares de 1988) de 81 760 millones de dólares en 1980 a 128 428 en 1989 (esto es, un crecimiento de 57.1%). Inversamente, las importaciones totales de bienes y servicios de América Latina cayeron, de 124 733 millones de dólares en 1980, a 101 392 en 1989

(o sea, una caída de 18.7%, medida también en dólares de 1988).

Inversamente al crecimiento de las exportaciones, el comercio intrarregional descendió de 12 199 millones de dólares en 1981 a 9 921 en 1988 (después de haber tocado un fondo de 7 533 millones de dólares en 1985).⁷ Esto significa que los lazos económicos entre los países latinoamericanos se deterioraron durante los ochenta.

Aunque las exportaciones latinoamericanas crecieron en volumen y cuantía, los términos del intercambio de bienes con el exterior evolucionaron desfavorablemente, situándose en 1990 en un nivel 20.6% inferior al de 1981.⁸

Mientras que a mediados de los años sesenta la participación de los productos manufacturados en las exportaciones regionales era de sólo 12%, para mediados de los ochenta ese porcentaje había crecido al 31%. Este hecho es positivo: los países latinoamericanos, para desarrollarse, deben exportar manufacturas, y ya no tan sólo materias primas o alimentos. Pero también tiene sus aspectos negativos. Las actividades de exportación, en particular de manufacturas, que en el pensamiento de la mayoría de los gobiernos será la base de la anhelada recuperación económica, no surgen de la previa satisfacción de las necesidades básicas de la población o de la búsqueda de economía de escala, sino de:

- a) la atonía de los mercados internos;
- b) el deterioro de los términos del intercambio, que obliga a exportar mayores volúmenes para recibir la misma cantidad de divisas;
- c) las necesidades de las empresas transnacionales, que están desplazando hacia los países

subdesarrollados ciertos procesos industriales intensivos en mano de obra, ecológicamente sucios o altamente consumidores de recursos naturales disponibles en el país donde se radica la inversión.

En lo social, en todos los países algunos indicadores sociales básicos, como analfabetismo, esperanza de vida y mortalidad infantil, mejoraron durante los ochenta. Estos logros se vieron contrarrestados por el aumento de los hogares bajo la línea de la pobreza: de un 35% del total que albergaba a 112 millones de personas en 1980, a un 38% en 1986, con unos 164 millones de personas. La pobreza y la insalubridad han facilitado que casi 200 mil personas hayan sido afectadas por el cólera en los países andinos; al momento de escribir estas líneas, la epidemia tiende a crecer y a convertirse en pandemia regional, que afectará preferentemente a aquellos habitantes que no disponen de agua potable, drenaje, condiciones sanitarias mínimas para su alimentación, ni acceso pronto a hospitales.

Algunas conclusiones provisionales

De esta breve revisión surgen varias conclusiones provisionales:

1. La democracia se expande y profundiza por toda América Latina. Los movimientos populares, las tendencias ideológicas en boga, los efectos de demostración de unos países sobre otros, el descrédito con que llegaron a su fin la mayoría de los regímenes militares y el medio ambiente

internacional fortalecen la deseabilidad democrática.

2. Esta democracia se limita hasta ahora, sin embargo al plano político (y en éste funciona a veces con condicionamientos heredados de los regímenes autoritarios que la precedieron), sin alcanzar los planos económico y social. Pareciera que los pueblos tienen en el momento actual más capacidad para elegir a sus gobernantes, pero no tanta para influir sobre las políticas públicas. En otras palabras, pueden decidir quién gobierna —con severas restricciones en algunos países— pero no cómo gobierna.

3. Quien en realidad toma las decisiones fundamentales, en la mayoría de los países, es el mercado, tanto nacional como internacional. En lo interno, los gobiernos privilegian los intereses de los grandes grupos empresariales asociados al capital transnacional, pensando que sólo éstos tendrán el dinamismo suficiente para reactivar las alicaídas economías nacionales. En lo internacional, el cuantioso servicio de la deuda, la necesidad de obtener divisas con que cubrirlo, y la relocalización de ciertos procesos industriales que los países desarrollados están efectuando hacia el mundo subdesarrollado, han llevado a los gobiernos latinoamericanos a orientar cada vez más las estructuras productivas internas hacia actividades de exportación, y a subordinar sus políticas económicas (con algunas pocas excepciones) a las exigencias de los acreedores externos.

4. La orientación exportadora, coherente con el redimensionamiento del mercado mundial en bloques relativamente cerrados (Europa comunitaria, "Iniciativa de las Américas", es-

tancamiento de las negociaciones globales en el GATT), puede llevar a América Latina a la acentuación de su dependencia respecto de países capitalistas avanzados (en especial de Estados Unidos). Es además dudoso que la orientación exportadora repercuta en un equilibrado desarrollo interno, mientras las bases de la competitividad internacional de América Latina sigan siendo: magros salarios, debilidad sindical, baja carga impositiva real a las empresas y a los ingresos personales elevados, ausencia o ineficiencia de controles ecológicos y de seguridad laboral, disponibilidad de recursos naturales baratos, control de las principales actividades de exportación manufacturera por empresas transnacionales que fragmentan y relocalizan globalmente su producción en función de sus propios intereses y no de las necesidades de los países recipiendarios de la inversión.

Tareas para los noventa

En la década de los noventa, América Latina enfrenta con tres grandes tareas:

- a) consolidar la democracia política;
- b) retomar el crecimiento económico y reorientarlo hacia un desarrollo autosustentado; y
- c) superar los acuciantes rezagos sociales elevando al nivel de vida de las mayorías poblacionales.

En suma, consolidar la democracia política convirtiéndola en una democracia plena: política, económica y social.

Para comenzar, deberían perfeccionarse las endeble democracias políticas existentes. En algunos países la abstención electoral es altísima; en otros se sufren todavía condicionamientos heredados de los regímenes autoritarios preexistentes o impuestos por potencias y capitales extranjeros; en otros más persisten situaciones de violencia social generalizada que restan legitimidad y operatividad a la democracia política, la cual coexiste en todos los casos con situaciones de abismal desigualdad social y económica.

Las democracias políticas latinoamericanas son hasta ahora, más que nada, meros mecanismos de selección de equipos gobernantes. Su perfeccionamiento implica transformarlas en espacios de intercambio, mediación, negociación y decisión entre tres esferas básicas de la sociedad, y entre los diversos grupos y fuerzas que operan en el seno de cada una de ellas: el Estado, el mercado y la sociedad civil. Las democracias políticas se convertirían así en espacios donde el sufragio libre y la representación de distintas fuerzas políticosociales serían el medio principal de constitución del interés general y de expresión de los diversos y legítimos intereses sectoriales y particulares.

El funcionamiento mismo de democracias políticas de esta índole debería llevar naturalmente al predominio en el gobierno y las políticas públicas de los segmentos y posiciones político-ideológicas con mayor peso en el electorado (esto es, en la sociedad civil), con representación e integración también de los segmentos y posiciones minoritarias —sean éstos los que fueren.

Ello significaría construir un sistema de relaciones sociales con menor peso del Estado y con mayor presencia de la sociedad civil y de sus grupos y segmentos mayoritarios (pero también de los minoritarios). En otras palabras, un sistema de relaciones sociales menos estatista, menos autoritario, y más participativo, más libertario, más abierto a las fuerzas y tendencias predominantes en la sociedad civil.

Una democracia política de tal naturaleza llevaría, muy probablemente, a la adopción de políticas económicas orientadas primordialmente hacia el logro de la democracia económica (básicamente mediante la satisfacción de las necesidades mayoritarias) y hacia un desarrollo regionalmente autosustentado.

Una democracia política como la planteada debería marchar también —y muy urgentemente— hacia la democracia social: construir (en muchos casos *autoconstruir*) vivienda, escuelas, hospitales, centros de cultura, carreteras, redes de agua potable, drenajes; en suma, una vida digna para los habitantes del campo y de los cinturones urbanos de miseria. La participación directa de los habitantes involucrados en muchas de estas obras facilitaría su real integración a la democracia política y los convertiría en verdaderos ciudadanos. (Y dinamizaría también la actividad económica global, porque las actividades constructivas generan numerosos empleos, tienen un alto efecto multiplicador, y no requieren mayormente de tecnologías o insumos importados.)

Tales son, a mi juicio, las principales tareas que aguardan a América Latina en este fin de siglo. Que obviamente no son todas, ni serán

iguales en los diversos países, ni se llevarán a cabo de la misma forma; pero sí tareas esenciales que hay que acometer urgentemente, queremos entrar en el Siglo XXI con una auténtica, justa y plena democracia: política, económica y social. Una democracia en que valga la pena votar, sí, pero donde todos puedan además vivir dignamente y convivir en libertad.

Notas

- 1 Agradezco a Horacio Mackinlay sus útiles observaciones.
- 2 América Latina encierra muchas realidades diferentes, por lo que ni mis juicios ni mis datos se refieren a países que requerirían otro tipo de tratamiento analítico: los países anglófonos y francófonos caribeños de reciente independización, que pertenecen a otra tradición cultural y política; Puerto Rico, una nación en situación colonial; Cuba, el único país socialista del continente.
- 3 Véase Gustavo Ernesto Emmerich, "Reconversión industrial y reinserción internacional. Los casos de Argentina, Brasil y México", en Edgar Ortiz (comp.), *Administración pública economía y finanzas Problemas actuales en los países de Norteamérica y el Caribe*, CIDE, México, 1990. También Gustavo Ernesto Emmerich, *El dilema latinoamericano: hacia el siglo XXI*, UAM-Iztapalapa, México, 1991.
- 4 En México, desde 1929 controla férreamente el gobierno y virtualmente todos los puestos electivos un mismo partido: el Revolucionario Institucional (PRI). En 1987 un grupo progresista y de aspiraciones democráticas se desgajó del PRI y se unió a diversas fuerzas de izquierda para impulsar la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas. Realizadas elecciones presidenciales en 1988, cuyos resultados fueron ampliamente impugnados, se adjudicó el triunfo al priista Carlos Salinas de Gortari con poco más de 50% de los votos; a Cárdenas se le reconoció oficialmente un 31% de los votos. Hayan sido éstos o no los resultados reales, significaron el mayor reto a la hasta entonces incontestada hegemonía priista. A partir de 1988 las presiones populares en pos de una democracia más abierta, la amplia representación opositora en la Cámara de Diputados, los triunfos electorales de fuerzas antipriistas en diversos municipios de primera importancia e incluso en una gubernatura estatal, parecen indicar que México se encamina hacia una democracia política más plena, con alternancia de partidos en el gobierno.
- 5 Desde el golpe de Estado que en 1968 lideró el general Omar Torrijos, la Guardia Nacional tuvo un papel protagónico y dirigente en la vida política panameña. Tras

la muerte de Torrijos en un accidente de aviación en 1981, la Guardia Nacional impuso y depuso —guardando siempre las apariencias constitucionales— a diversos presidentes: Ricardo de la Espriella (1982-84), Jorge Illueca (1984), Nicolás Ardito Barletta (1984-85), Eric Arturo Delvalle (1985-88) y Manuel Solís Palma (1988-89). En 1989 se celebraron elecciones presidenciales, que al parecer ganó el líder opositor Guillermo Endara, de tendencia conservadora, pese a los reportes oficiales que dieron el triunfo al candidato oficialista. A fines de 1989, tropas estadounidenses invadieron Panamá, impusieron a Endara en la presidencia, y detuvieron al jefe de la Guardia Nacional y "hombre fuerte" del país, general Manuel Noriega, para transportarlo a Estados Unidos donde se le está enjuiciando por cargos vinculados al narcotráfico.

- 6 Esta sección se basa en datos publicados en : CEPAL, "Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, 1990", en *Notas sobre la economía y el desarrollo*, Santiago, núm. 500/501, diciembre de 1990, y BID, *Progreso económico y social en América Latina. Informe 1990*, Washington, octubre de 1990.
- 7 Esto significa que a iguales volúmenes exportados, la región podría haber importado en 1990 20.6% menos bienes que en 1981.
- 8 Estas cifras se expresan en dólares corrientes; si se convirtieran a dólares constantes, el decremento del comercio intrarregional hubiera sido mayor.

APÉNDICE 1:

TRANSICIONES DESDE REGÍMENES MILITARES A DEMOCRACIAS POLÍTICAS

Advertencia: Los apéndices 1, 2 y 3 son meramente informativos; no es posible exponer en pocas páginas toda la complejidad de los procesos políticos reseñados.

El de *Ecuador* fue el primer régimen militar que se convirtió en democracia política en el periodo considerado. El gobierno del general Guillermo Rodríguez Lara (instalado en 1972)

se caracterizó por una cierta tendencia reformista y progresista. Rodríguez Lara fue derrocado en 1976 por un contragolpe. El nuevo gobierno militar convocó a un proceso electoral, imponiendo una variedad de condicionamientos, de los cuales el más importante fue la exclusión del líder populista Assad Bucaram como potencial candidato presidencial. Las elecciones fueron ganadas por una coalición de fuerzas de centroizquierda, dando el gobierno —en 1979— a Jaime Roldós.

En *Nicaragua*, tras el triunfo de la insurrección popular en 1979, se constituyó un gobierno de reconstrucción nacional, con hegemonía del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Progresivamente, los miembros no sandinistas de la junta de gobierno fueron saliendo de la misma. En 1984 se promulgó una Constitución y se realizaron elecciones, que fueron ganadas por el sandinista Daniel Ortega, quien asumió la presidencia constitucional en 1985.

El temor a que se produjera en *El Salvador* una insurrección popular similar a la nicaragüense llevó a un grupo de coroneles de orientación reformista a deponer al gobierno, supuestamente constitucional pero de origen claramente fraudulento, del general Carlos Humberto Romero (15.X.1979). Se instaló una junta cívico-militar de gobierno que a los pocos meses se derechizó y propició que la amplia actividad guerrillera existente en el país se convirtiese en una verdadera guerra civil. En medio de la guerra civil se elige una Asamblea Constituyente, y en 1984 hay elecciones presidenciales que gana el demócratacristiano José Napoleón

Duarte, quien gobernó fuertemente apoyado en los militares y en Estados Unidos.

Los acontecimientos nicaragüenses y salvadoreños tuvieron repercusiones en *Honduras*, donde el gobierno militar del general Policarpo Paz García se apresuró a entregar formalmente el poder a una Asamblea Constituyente (1980). Tras realizarse elecciones presidenciales, en 1982 asumió la presidencia Roberto Suenzo Córdova, del Partido Liberal.

También en *Guatemala* se abrió un proceso de democratización como consecuencia de los acontecimientos centroamericanos. En 1982, el gobierno supuestamente constitucional del general Romeo Lucas García fue derrocado por el general Efraín Ríos Montt, quien prometió llevar el país hacia la democracia. Sin embargo, el gobierno de Ríos Montt asumió un curso abiertamente represivo, y fue derrocado en 1983 por el general Oscar Mejía Víctores, con quien se reanudó el rumbo hacia la democracia. En 1984 se elige una Asamblea Constituyente, y en 1985 hay elecciones generales que gana el demócrata-cristiano Vinicio Cerezo Arévalo, quien en 1986 asume la presidencia constitucional.

En *Perú*, el gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975) puso en marcha amplio conjunto de políticas de transformación social: reforma agraria, nacionalización de la banca y la minería, revaloración de la cultura quechua, creación de un área de "propiedad social", entre otras. En 1975, Velasco Alvarado fue derrocado por un golpe, que dio el gobierno al general Francisco Morales Bermúdez. Morales Bermúdez revirtió muchas de las reformas realizadas por su antecesor y convocó

a un proceso de redemocratización del que salió triunfante Fernando Belaúnde Terry, del partido Acción Popular. Belaúnde, el presidente constitucional derrocado en 1968 por Velasco, volvió a convertirse en primer mandatario para el periodo 1980-1985.

En *Argentina*, tras su fracaso en la guerra de las Malvinas (1982), el gobierno militar, que ya sufría de serias desavenencias internas (incluso con frecuentes recambios de presidentes militares) desde 1981, tuvo que batirse en rápida retirada. Las elecciones realizadas en 1983 fueron ganadas por Raúl Alfonsín, de la Unión Cívica Radical.

La redemocratización argentina estimuló a las fuerzas populares en *Uruguay*, cuyo régimen militar (instalado en 1973) se vio obligado a convocar a elecciones a fines de 1984. El proceso electoral, pleno de pactos y limitaciones impuestos por la dictadura, dio el triunfo a José María Sanguinetti, del Partido Colorado (liberal), quien asumió la presidencia en 1985.

El gobierno militar de *Brasil*, instalado en 1964, venía dando desde fines de los setenta cautelosos pasos hacia una "apertura" política. Los procesos de redemocratización en Argentina y Uruguay exacerbaron la movilización popular y partidaria en pro de elecciones directas. Si bien no obtuvieron la celebración de comicios directos, las fuerzas políticas opositoras al régimen militar lograron en 1985 que el Colegio Electoral designase presidente al líder opositor Tancredo Neves, del Movimiento Democrático Brasileño. Neves murió sin poder asumir la presidencia, por lo que el gobierno quedó en manos de su vicepresidente electo, José Sarney.

En **Bolivia**, la restauración de la democracia fue un proceso pleno de marchas y contramarchas. En 1978, el **gobierno militar** del general Hugo Bánzer (instalado en 1971) se vio obligado a llamar a elecciones. Su delfín, el general Juan Pereda Asbún, reclama haber ganado las elecciones, pero el Tribunal Superior Electoral declara nulos los comicios. Descontento, Pereda derroca a Bánzer y asume la presidencia. Al poco tiempo, el general David Padilla Arancibia derroca a Pereda, asume la presidencia y promete reiniciar el camino hacia la democracia. En 1979, el Congreso designa presidente provisional, por un periodo de un año, a Walter Guevara Arce; antes de cumplir dos meses de gobierno, Guevara es derrocado por el general Alberto Natusch Busch. La indignación popular y la oposición estadounidense a su efímero gobierno hacen imposible que se sostenga, por lo que Natusch rápidamente entrega el poder a la presidenta del Congreso, Lidia Gueiler. En 1980, Gueiler llama a elecciones, en las que el izquierdista Hernán Siles Suazo obtiene mayoría simple; correspondía entonces al Congreso decidir a quién otorgar la presidencia, pero el general Luis García Meza derroca a Gueiler y asume la presidencia. Ligado al narcotráfico, García Meza es derrocado en 1981 por el general Celso Torrelío Villa, quien a su vez es derrocado en 1982 por el general Guido Vildoso Calderón, con quien se retoma el camino hacia la democracia. En 1982 se restablece el Congreso, que elige presidente constitucional a Hernán Siles Suazo.

En **Paraguay**, la larga dictadura del general Alfredo Stroessner (iniciada en 1954) llegó a su fin al ser derrocado, en 1989, por el general

Andrés Rodríguez. Rápidamente, Rodríguez convoca a elecciones, sin dar tiempo a la oposición a organizarse, y se convierte en presidente constitucional.

En **Chile**, los procesos de democratización en sus países vecinos, junto con la severa depresión económica que afectó al país a principios de los ochenta, produjeron intensas movilizaciones populares en favor de la democracia. Sin embargo, el régimen del general Augusto Pinochet (iniciado en 1973) pudo mantenerse en el poder hasta el fin de la década. En 1988, un plebiscito denegó a Pinochet la posibilidad de permanecer otros ocho años en el gobierno, por lo que se tuvo que convocar a elecciones en 1989. Éstas fueron ganadas por la opositora Convergencia Democrática, que llevó como candidato de unidad al demócratacristiano Patricio Aylwin, quien asumió la presidencia constitucional en 1990.

Haití llegó a la democracia en 1991 (probablemente por primera vez en toda su historia), luego de un largo proceso que comenzó cuando en 1986 el dictador Jean Claude Duvalier tuvo que salir al exilio ante un levantamiento popular y por presiones de Estados Unidos y Francia. Asume el poder el general Henri Namphy, que bastante renuientemente convoca a elecciones en 1988, ganadas por el opositor moderado Leslie Manigat. A poco de asumir éste la presidencia, es derrocado por el propio Namphy. Namphy, a su vez, es derrocado por el general Prosper Avril. En 1990, Avril es derrocado por el general Herard Abraham. En el mismo año se nombra presidenta provisional a Ertha Pascal Trouillot, quien convoca a elecciones. Las elecciones son ganadas por el sacerdote salesiano

Jean Christide Aristide, de orientación izquierdista, quien asume la presidencia constitucional en 1991.

APÉNDICE 2:

ALTERNANCIA DE PARTIDOS EN EL GOBIERNO EN PAÍSES DE REDEMOCRATIZACIÓN RECIENTE

En *Argentina*, las elecciones de 1989 dieron el triunfo al Partido Justicialista (peronista) y a su candidato Carlos Saúl Menem, desplazando del gobierno al partido Unión Cívica Radical. Contrariando las tradiciones populistas y nacionalistas del peronismo, Menem ha impulsado una política económica neoliberal y se ha alineado con Estados Unidos en el plano internacional.

En *Brasil*, una heterogénea coalición de fuerzas de centroderecha llegó al poder en 1990, tras la candidatura de Fernando Collor de Mello. Varios partidos tradicionales de centroizquierda, como el MDB o el Partido Trabalhista, vieron así frenadas sus aspiraciones electorales. Sin embargo, cabe destacar que un partido de izquierda relativamente nuevo, el Partido del Trabajo, dirigido por el sindicalista Luis Antonio "Lula" da Silva, obtuvo excelentes resultados electorales.

En *Ecuador*, el presidente Roldós murió en un accidente de aviación en 1981, siendo sucedido por su vicepresidente Oswaldo Hurtado. Al fin del periodo Roldós-Hurtado, ganó las elecciones el conservador León Febres Cordero, quien gobernó de 1984 a 1988. Las elecciones de 1988 fueron ganadas por Rodrigo Borja Cevallos, del partido Izquierda Democrática.

En *Perú*, al término del periodo constitucional de Belaúnde Terry, en 1985, se realizaron

elecciones que fueron ganadas por el centroizquierdista Alan García Pérez, del Partido Aprista. Concluido el periodo de éste en medio de una gravísima crisis económica y de la agudización de la violencia política, las elecciones son ganadas por el centroderechista Alberto Fujimori, quien asume la presidencia en 1990.

En *Uruguay*, al terminar en 1990 el periodo del "colorado" Sanguinetti, la presidencia pasó por vías electorales al "blanco" (del Partido Nacional) Luis Alberto Lacalle.

En *Bolivia*, donde Siles Suazo realizó un periodo de gobierno un año más corto que lo constitucionalmente previsto, en 1985 el gobierno pasó al centroderechista Víctor Paz Estenssoro. Al término del periodo de éste, en 1989, las elecciones no dieron resultados definitivos; el Congreso eligió entonces al centroizquierdista Jaime Paz Zamora, quien gobierna con apoyo de la derecha banzerista.

En *Nicaragua*, en 1990, al término del periodo de Daniel Ortega, en medio de una aguda crisis económica y de la permanente agresión armada de la Contra, el gobierno pasó a manos de Violeta Chamorro, al frente de una heterogénea coalición (desde la derecha al partido comunista).

En *Honduras*, el liberal Suazo Córdova fue sucedido en 1986 por José Azcona Hoyo, del Partido Nacional. En 1990 asumió la presidencia Rafael Leonardo Callejas, del Partido Liberal.

En *Guatemala*, al terminar en 1990 el periodo del demócratacristiano Vinicio Cerezo, el gobierno pasó al centroderechista Jorge Serrano Elías.

En *El Salvador*, el demócratacristiano Duarte gobernó hasta 1989, año en que los electores dieron el triunfo a Alfredo Cristiani, del ultraconservador partido ARENA.

APÉNDICE 3:

ALTERNATIVA DE PARTIDOS EN EL GOBIERNO EN PAÍSES DE DEMOCRACIA (RELATIVAMENTE) CONSOLIDADA

Venezuela se caracteriza desde 1959 (después del derrocamiento del dictador Marcos Pérez Jiménez) por tener un régimen democrático estable, hegemonizado por dos partidos que se alternan en el poder: Acción Democrática, de inspiración socialdemócrata, y COPEI, de línea demócrata cristiana. Acción Democrática ha gobernado en los periodos 1959-64 (Rómulo Betancourt), 1964-69 (Raúl Leoni), 1974-79 (Carlos Andrés Pérez) y 1984-89 (Jaime Lusinchi). COPEI ha tenido el gobierno en sólo dos periodos: 1969-74 (Rafael Caldera) y 1979-84 (Luis Herrera Campins). En 1989 volvió al gobierno el "adeco" Carlos Andrés Pérez, aplicando políticas de ajuste económico de corte fondomonetarista que han llevado a levantamientos populares duramente reprimidos.

Costa Rica es otro de los pocos países latinoamericanos caracterizados por la vigencia de un régimen formal de elecciones libres y de resultados respetados, con alternancia de partidos en el poder, que tiene su origen en la revolución de 1948. A partir de esa fecha se implantó en Costa Rica un Estado social de características sumamente avanzadas para la región latinoamericana, bajo el predominio del Partido

Liberación Nacional, de inspiración socialdemócrata. Desde fines de los setenta, Liberación Nacional se alternó en el gobierno con una coalición conservadora-socialcristiana. De 1978 a 1982 gobernó el socialcristiano Rodrigo Carazo, a quien sucedieron Luis Alberto Monge Álvarez (1982-86) y Óscar Arias Sánchez (1986-90), ambos de Liberación Nacional. Las elecciones de 1990 fueron ganadas por Rafael Ángel Calderón Fournier, del Partido Unidad Social Cristiana.

En *Colombia*, tras el derrocamiento del gobierno dictatorial y populista de Gustavo Rojas Pinilla (1957), los partidos Liberal y Conservador acordaron alternarse en el gobierno y repartirse equitativamente los principales cargos públicos. Tras la caducidad de este acuerdo en 1974, la competencia electoral entre ambos partidos se hizo más real. De 1974 a 1978 gobernó el liberal Alfonso López Michelsen, y de 1978 a 1982 el también liberal Julio César Turbay Ayala. De 1982 a 1986 gobernó el conservador Belisario Betancur Cuartas. En 1986 el gobierno volvió a los liberales, con Virgilio Barco Vargas. Las elecciones de 1990, en que —pese a la represión militar— hubo una importante participación de fuerzas de izquierda, dieron el triunfo al liberal César Gaviria Trujillo. Caracterizar como democrático al sistema político colombiano es algo difícil por los elevados índices de abstención electoral, por la persistencia de una situación de extrema violencia revolucionaria, aniquilación física a manos de paramilitares, y narcotraficantes de dirigentes y militantes de izquierda, y por el control que las fuerzas armadas ejercieron sobre los gobiernos constitucionales en diversos periodos (notoriamente el de

Betancur. Sin embargo diversos grupos de izquierda se han incorporado o están a punto de incorporarse al juego político constitucional, con lo que se da voz a amplios sectores de la población que antes no tenían un canal político a través del cual expresar sus demandas.

En *República Dominicana*, tras la invasión estadounidense (1965) se impuso un sistema formalmente democrático, que permitió al conservador Joaquín Balaguer gobernar durante tres periodos consecutivos (1966-78). Las elecciones

de 1978, en que Balaguer intentó un escandaloso fraude para reelegirse por cuarta vez, fueron ganadas por Antonio Guzmán, del socialdemócrata Partido Revolucionario Dominicano. En 1982, por motivos no suficientemente esclarecidos, el presidente Guzmán se suicidó poco antes de terminar su periodo. Realizadas elecciones constitucionales, las gana Salvador Jorge Blanco, también del Partido Revolucionario Dominicano. Al término de su periodo, en 1986, Balaguer gana las elecciones, y es reelegido en 1990.

APENDICE 4

CUADRO 1. PRODUCTO INTERNO BRUTO PER CAPITA, 1960-1989

País	PIB Per Cápita				Tasas de Crecimiento Real		
	Dólares de 1988				Promedio Anual		
	1960	1970	1980	1989*	1961-70	1971-80	1981-89
Argentina	2.491	3.342	3.617	2.665	3,0	0,8	-3,3
Bolivia	859	848	1.052	763	2,6	2,2	-3,5
Brasil	981	1.258	2.291	2.280	2,5	6,2	-0,1
Colombia	747	922	1.273	1.432	2,1	3,3	1,3
Costa Rica	1.073	1.368	1.759	1.859	2,5	2,5	-0,6
Chile	1.651	1.988	2.212	2.454	1,9	1,1	1,2
Ecuador	626	758	1.350	1.272	1,9	5,9	-0,7
El Salvador	1.032	1.296	1.325	1.074	2,3	0,2	-2,3
Guatemala	639	825	1.085	888	2,8	2,8	-2,2
Guyana	649	722	759	568	1,1	0,5	-3,2
Haití	368	326	431	341	-1,2	2,8	-2,6
Honduras	852	806	1.015	913	2,2	2,3	-1,2
México	1.059	1.509	2.157	1.954	3,6	3,6	-1,1
Nicaragua	1.063	1.501	1.097	694	3,5	-3,1	-5,0
Panamá	1.130	1.825	2.287	1.890	4,8	2,3	-2,1
Paraguay	741	874	1.497	1.493	1,7	5,5	-0,9
Perú	1.293	1.656	1.788	1.343	2,5	0,8	-3,1
República Dominicana	412	496	781	777	1,8	4,4	0,2
Uruguay	2.224	2.357	3.058	2.908	0,6	2,6	-0,6
Venezuela	2.742	3.569	3.851	3.035	2,7	0,8	-2,6
América Latina	1.224	1.578	2.188	1.988	2,6	3,3	-1,1

* Estimación preliminar.

Fuente: Banco Interamericano de Desarrollo, en base a estadísticas oficiales de los países miembros.

CUADRO 2. INVERSION BRUTA. 1980-1989

(Como porcentaje del PIB)

País	Inversión bruta									
	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989
Argentina	26.1	21.7	18.6	16.2	14.2	12.0	13.1	15.0	13.9	10.4
Bolivia	17.8	20.3	12.5	13.7	12.2	16.2	9.9	13.1	9.8	31.7
Brasil	29.3	26.2	23.7	18.8	18.3	20.3	23.4	22.7	21.8	21.6
Colombia	23.2	25.7	25.8	25.7	23.4	20.4	20.0	20.7	21.9	19.0
Costa Rica	32.5	20.7	16.7	21.6	22.2	23.7	29.5	29.0	25.7	27.2
Chile	22.4	25.9	10.4	8.6	14.3	13.0	14.1	16.8	17.0	20.5
Ecuador	36.7	30.6	34.0	24.4	23.2	24.1	24.1	24.2	23.3	20.3
El Salvador	11.0	11.8	11.4	10.4	10.5	9.7	11.7	11.0	12.8	14.7
Guatemala	16.0	18.3	15.4	13.1	13.8	11.3	11.7	14.4	13.8	12.6
Haití	15.0	15.5	15.0	15.7	16.4	14.2	12.8	13.2	12.5	12.2
Honduras	21.3	17.6	10.8	13.1	18.0	17.2	14.2	14.4	13.1	12.9
Jamaica	21.6	25.8	27.1	27.6	25.1	26.8	21.9	25.4	26.5	26.3
México	30.6	32.3	24.7	18.9	19.4	20.8	17.1	17.5	19.6	19.7
Nicaragua	21.4	30.9	25.7	28.0	29.2	29.4	29.2	29.2	32.7	29.6
Panamá	20.8	22.5	19.9	15.8	14.1	14.4	15.0	15.1	7.4	10.3
Paraguay	32.3	34.8	29.2	24.7	24.7	23.5	24.5	25.0	24.4	20.8
Perú	33.9	38.9	36.1	25.9	22.4	18.7	23.5	26.7	25.7	22.6
República Dominicana	21.6	18.5	16.5	17.7	17.2	16.8	18.2	23.6	24.9	25.4
Uruguay	16.9	16.9	15.2	10.2	10.5	8.5	8.3	9.6	9.8	8.7
Venezuela	28.1	28.3	31.7	16.3	23.7	24.2	23.9	26.0	27.9	14.5
América Latina	28.2	27.3	24.0	18.6	18.7	19.3	20.0	20.5	20.6	19.0

CUADRO 3. EVOLUCION DE LOS SALARIOS MINIMOS REALES, POR PAISES, 1980-1989
(Índices 1980=100)

País	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989
Argentina	100.0	97.8	103.6	152.8	167.5	113.1	110.0	120.8	83.5	68.4
Bolivia	—	—	169.0	100.0	82.2	33.2	30.8	35.7	37.2	—
Brasil	100.0	98.7	99.2	87.9	81.3	83.9	82.3	64.8	63.3	60.6
Colombia	100.0	97.9	102.7	107.4	112.7	108.0	113.9	113.0	108.5	105.0
Costa Rica	100.0	90.4	85.8	99.3	104.4	112.2	118.6	118.1	115.0	110.2
Chile	100.0	99.2	97.2	78.3	66.9	63.4	61.3	57.6	58.8	63.5
Ecuador	100.0	88.2	76.0	63.7	62.8	60.8	65.5	61.8	53.5	43.7
El Salvador	100.0	82.8	83.0	73.4	73.7	63.4	54.9	44.4	42.0	35.6
Guatemala	100.0	120.9	120.7	115.3	111.4	94.0	68.5	61.1	78.5	—
Haití	100.0	83.5	99.3	66.1	66.1	88.3	85.8	96.5	96.8	97.6
Honduras	100.0	106.2	106.3	98.2	93.8	90.7	86.9	84.8	81.2	74.0
México	100.0	100.7	88.7	73.5	68.2	67.0	60.6	56.3	48.3	48.9
Nicaragua	100.0	91.8	78.1	59.6	66.8	47.3	—	—	—	—
Panamá	100.0	83.2	88.4	102.1	101.8	100.8	100.8	99.8	99.5	99.8
Paraguay	100.0	103.9	101.8	94.2	93.8	99.4	108.5	120.0	134.3	136.5
Perú	100.0	83.8	77.6	79.3	61.7	54.2	56.8	60.1	48.1	23.2
República Dominicana	100.0	93.0	86.4	80.8	82.2	80.2	86.0	84.1	87.4	77.8
Uruguay	100.0	103.3	104.6	89.6	89.8	94.1	89.3	91.2	84.8	78.6
Venezuela	100.0	86.2	78.6	73.9	65.9	95.3	90.9	110.9	92.8	77.1
América Latina	100.0	96.1	93.3	90.1	84.4	84.2	84.7	85.0	81.4	75.4

*Cifras preliminares
Fuente: PREALC, con base en datos oficiales.

CUADRO 4. TASAS ANUALES MEDIAS DE DESEMPLEO ABIERTO URBANO, POR PAISES, 1980-1989
(Porcentajes)

País	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989
Argentina	2.6	4.7	5.3	4.7	4.6	6.1	5.2	5.9	6.3	8.0
Bolivia	7.1	5.9	8.2	8.5	6.9	5.8	7.0	7.2	11.5	10.2
Brasil	6.2	7.9	6.3	6.7	7.1	5.3	3.6	3.7	3.8	3.3
Colombia	9.7	8.3	9.1	11.7	13.4	14.0	13.8	11.7	11.1	9.6
Costa Rica	6.0	9.1	9.9	8.5	6.6	6.7	6.7	5.9	6.3	3.7
Chile	11.7	9.0	20.0	19.0	18.5	17.0	13.1	11.3	10.0	7.2
Ecuador	5.7	6.0	6.3	6.7	10.5	10.4	10.7	7.2	7.4	7.9
Guatemala	2.2	1.5	6.0	9.9	9.1	12.0	14.2	12.1	9.6	7.2
Honduras	8.8	9.0	9.2	9.5	10.7	11.7	12.1	11.4	11.5	9.4
México	4.5	4.2	4.2	6.6	5.7	4.4	4.3	3.9	3.5	3.0
Nicaragua	18.3	15.8	19.9	15.2	16.3	—	—	—	—	—
Panamá	10.4	10.7	10.1	11.7	12.4	15.7	12.7	14.1	20.8	22.0
Paraguay	3.9	2.2	5.6	6.3	7.3	5.1	5.1	5.5	4.6	6.1
Perú	7.1	6.8	6.6	9.0	8.9	10.1	5.4	4.8	7.9	7.9
Uruguay	7.4	6.7	11.9	15.5	14.0	13.1	10.7	9.3	9.1	8.6
Venezuela	6.6	6.8	7.8	11.2	14.3	14.3	12.1	9.9	7.9	9.7
América Latina ¹	7.3	7.1	8.9	10.1	10.3	10.5	9.7	8.3	8.8	8.3

¹Cifras preliminares

²Promedio simple para países listados con cifras
Fuente: PREALC, con base en Encuestas de Hogares disponibles e informaciones oficiales



IZTAPALAPA significa literalmente *agua sobre las lajas*.
En la gráfica del glifo este significado está representado con el perfil del cerro de la estrella, las lajas y cuatro goteros, manantiales o corrientes de agua. El nombre se forma de las raíces nahuas: *iztapalli* (lajas); *atl* (agua) y *pan* (sobre o en).